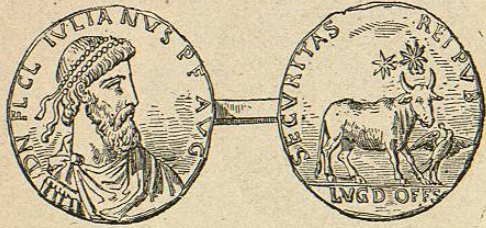


Constante. Sólo halló resistencia en Roma, donde un sobrino del gran Constantino, Nepotiano, intentó reivindicar sus derechos, y en Iliria, donde el ejército danubiano, siempre celoso de las tropas renanas, le opuso á su general Vetrano. La tentativa de Nepotiano se ahogó en ríos de sangre, y Majencio quedó dueño de todo el Occidente á excepción de Iliria, donde gobernaba Vetrano, que no tardó en someterse al emperador de Constantinopla, Constancio (350).

Constancio era poco simpático á las naciones latinas. Pertenece al Oriente por sus gustos y sus vicios. Además era arriano, y en aquella época en que las cuestiones políticas y religiosas estaban estrechamente enlazadas, el odio al arrianismo era una de las formas en que se manifestaba el antagonismo entre Occidente y Oriente. Aun cuando muy poco cristiano por su parte, Majencio explotó tal sentimiento. También halagó



Moneda de Juliano

á los paganos. El ejército le siguió por pundonor, agradecido á sus dádivas. Tenía cuanto es necesario para arrastrar á los soldados: natural elocuencia, buena figura, aire marcial. La batalla se libró en Mursa, Panonia, junto al Drave (351). Fué la más sangrienta del siglo. Majencio, acorralado por las fuerzas reunidas de Vetrano y Constancio, pudo, sin embargo, escapar con vida. Resistió dos años en los Alpes Julianos y Cotios; después entró en Lyon y se suicidó, no sin haber muerto antes á su madre y malherido á su hermano Desiderio, á quien nombrara César. Sobrevivió éste á sus heridas y se sometió. Otro hermano de Majencio, que llevaba igual título y estaba encargado de conservar la línea del Rin, se mostró más valeroso. Transportó su cuartel general á Sens, trató de reanimar el ánimo de sus parciales, y viéndolo todo perdido, se ahorcó (353).

Constancio era cruel. Publicó en Lyon un edicto de amnistía, pero concebido en términos ambiguos que no comprometían á nada. La Galia padeció un régimen de terror. Durante aquel tiempo hizo en Arlés una entrada solemne, con una pompa que debía deslumbrar á la gente. Permaneció algunos meses en la ciudad, y luego, al terminar una campaña contra los alamanos, volvió á Italia (354).

La era de los pronunciamientos se abría de nuevo. Los inauguró en 355 el jefe de la infantería, el franco Silvano, soldado valiente á quien una intriga de la corte lanzó á tal aventura, pues no quiso que sin motivo se le hubiese acusado de traidor. Su tentativa fué reprimida con rapidez. Lo fué por medio de una nueva perfidia. Se le envió un oficial con el encargo de ganarse su confianza y sublevar á sus partidarios contra él. El desdichado murió en Colonia, víctima de aquellas maquinaciones, herido por las mismas manos que le coronaron. Su reinado duró veintiocho días. El recuerdo de

Constantino alentaba aún en los corazones y protegió á Constancio contra las usurpaciones de los bárbaros. Pero no le salvó al hallar en su propia familia un rival como Juliano.

Constancio no tenía hijos y sentía la necesidad de un colaborador, de un heredero. De la casa Flavia, ensangrentada y diezmada por tantos asesinatos, quedaban dos retoños, dos sobrinos de Constantino, olvidados, gracias á sus pocos años, cuando la carnicería de 337. Antes de empeñar su lucha contra Majencio en 351, nombró al mayor, Galo, para el gobierno de Oriente. La experiencia fué desgraciada. Galo fué entregado al verdugo. El menor, Juliano, era sospechoso; pero la rebelión de Silvano alarmó al emperador. Constancio comprendió que no podían continuar vacantes la sucesión y el imperio de las Galias y se decidió. **356** Juliano, proclamado César en 355, hizo su entrada solemne en Vienne á principios del 356.

Halló la Galia en un estado casi desesperado. Las guerras intestinas habían realizado su obra, tanto más asoladora cuanto que Constancio, para amenazar á Majencio, no temió llamar á los bárbaros. La rebelión de Silvano acabó de desorganizar la defensa. Alamanos y francos estaban en posesión de la margen izquierda del Rin. Cuarenta y cinco plazas fuertes, entre las que se contaban Colonia, Maguncia, Worms, Estrasburgo, habían caído en su poder (1). Se instalaban en los países conquistados prevaleciéndose de las promesas del emperador como de un título de propiedad. El ejército romano, desprovisto de dirección, luchaba penosamente en las márgenes del Sena y del Marne y no podía acudir en defensa de las regiones del centro. Unos pocos años habían bastado para destruir la obra de Constancio Cloro y de Constantino.

Juliano comprendía la causa de la confianza de su tío. Se le había enviado á Galia, no para gobernar efectivamente, sino para halagar el orgullo de sus habitantes, mostrándoles un representante de la dinastía, y, como decía con amargura, un maniquí imperial. Como no tenía bien definidos sus poderes, chocó contra la malevolencia de funcionarios y generales celosos de sus atribuciones, los cuales, dificultando sus iniciativas, creían ser gratos, y lo eran, al emperador. No tenía ninguna experiencia política ni guerrera. Tampoco parecían atraerle ni la milicia ni la política. Su juventud se consumió en las escuelas y no estaba preparado para la ruda labor que tenía que cumplir. Pero su inteligencia y su voluntad se habían templado durante los años de pobreza y persecución, y sin que lo supiera, los instintos militares de su raza alentaban en su interior. De aquel erudito, de aquel filósofo, las circunstancias hicieron, sin transición, un general vigoroso, un administrador cumplido.

Sale de Vienne en 356 y levanta el bloqueo de Autún; después, á la cabeza de su escaso ejército, se lanza atrevidamente, por entre las bandas que le molestan

(1) Zosimo, III, 1. Amiano Marcelino XV, 8; XVI, 2. Amiano cita, además, á Brocomagus (Brumath), Tabernae (Saverne), Saliso (Selz). Puede añadirse Besançon cuyo Campo de Marte fué arruinado en tal época, según aparece claro observando que entre los escombros no se encuentran monedas posteriores á Majencio. Castan, *Le Champ de Mars de Vesontio*, «Revue Archéologique», 1870.

y atacan, hacia Reims, donde está el grueso de sus tropas, al mando de Marcelo, general de la caballería. Desde allí salva los Vosgos, barre al enemigo desde Estrasburgo hasta Colonia, y se apodera de esta ciudad en septiembre. Tan brillante campaña no era decisiva. Así lo comprendía y pudo cerciorarse mejor de ello durante el invierno siguiente, en que, rodeado de improviso por gran número de alamanos en la ciudad de Sens y reducido á un puñado de combatientes, gracias á la culpable inercia de Marcelo, no debió su salvación sino al valor de sus soldados y al cansancio de los sitiadores. En 357 imaginó un nuevo plan. Decidió coger á los bárbaros entre dos grandes masas de soldados, una traída de Bélgica y la otra de Recia. La maniobra no produjo todo el resultado debido por la im-

bía encariñado con aquella población. Años después, en el extremo opuesto del inmenso imperio su pensamiento le representaba «su querida Lutecia.» El mismo nos describe la vida que allí llevaba, en el hermoso palacio de las Termas donde estableció su morada. Allí reposaba dedicando el día á los asuntos públicos, la noche á la meditación y á la lectura. Allí fué proclamado Augusto.

Juliano acabó por imponerse á Constancio así como á sus propios auxiliares. Conservó al prefecto del pretorio, Florencio; pero se deshizo de Marcelo y de Barbacio. Mas su renombre, cada vez mayor, asustaba al viejo Augusto. Empezó por quitarle su más querido confidente, el galo Salustio, y luego, con pretexto de emplearlo en Oriente, le pidió la mejor mitad de su ejército. La me-



Medalla de oro del emperador Graciano. (Real Museo numismático de Berlín.)

pericia de Barbacio, jefe de la infantería. Aun cuando tenía fuerzas suficientes para cortarles el paso, dejó huir á los merodeadores que desde Lyon se habían dirigido á Basilea. El propio Barbacio fué quien detuvo á Juliano en la orilla del Rin, negándole medios de transporte. Los alamanos se reanimaron. Su ejército, el más poderoso que hasta entonces reunieran, se desplegó en la llanura de Estrasburgo. Aquella vez **359** Juliano mandaba en jefe. Su victoria fué completa y decisiva (agosto de 359).

No se durmió sobre sus laureles. Durante los tres años que aún pasó en la Galia no dejó de emprender una campaña cada primavera. Pero estas operaciones, dirigidas casi todas contra los francos, no tenían gran importancia. Libre de toda inquietud grave por lo que atañía á las fronteras, dedicó toda su actividad é inteligencia á reorganizar la administración. Lo más tremendo consistía en la enormidad del impuesto, debida á vicios de percepción. Declaró una guerra encarnizada á los prevaricadores, y el triunfo que alcanzó, aliviando á costa de grandes esfuerzos la suerte de su pueblo, fué su mejor timbre de gloria, muy disputado por cierto (1).

El gobierno de Juliano marca, por otros conceptos, una fecha de nuestra historia. Es el momento en que París sale de su obscuridad y empieza á desempeñar su papel de capital. Lo que le vale tal resultado no es precisamente su situación estratégica, á una distancia igual de Germania y Bretaña, á la salida de los valles que conducen al Rin superior é inferior, bastante cerca del enemigo para no perderle de vista y bastante lejos para no temer una sorpresa. Es que Juliano se ha-

(1) Capítulo II, párrafo 2.

didada era justificada por la guerra contra Persia; pero comprometía la seguridad de Galia y disgustaba á los soldados. Casi todos eran galos de nacimiento ó de adopción y la mayoría de los auxiliares no se alistaron sino á condición de no servir más allá de los Alpes. Juliano, sin embargo, iba á obedecer; pero á fin de asegurarse mejor de la fidelidad de los soldados, pidió que éstos no pasaran por París, pues la vista de su general quizá aumentara su descontento y provocara una explosión. No se le atendió y sucedió lo previsto. Los gritos de «Juliano Augusto!» resonaron alrededor del palacio. Resonaron en vano toda la noche. Los enemigos del Apóstata han negado su resistencia. Sus partidarios la afirman con energía. De grado ó por fuerza cedió al día siguiente y revistió la púrpura (mayo del 360).

Galia estaba enamorada del joven héroe. Era griego, sabía apenas el latín y esto podía ser y fué alguna vez objeto de desfavorables prevenciones. Pero no tenía nada de las costumbres de Oriente. Vivía con sencillez, sin fausto, sin vanidad, como un discípulo de Marco Aurelio, no como un monarca de Oriente. Los paganos esperaban de él la restauración de su culto. Los cristianos, á quienes aún no escandalizara con su abjuración, alababan su comportamiento para con los obispos ortodoxos, y entre un príncipe hostil al cristianismo y un favorecedor de la herejía arriana preferían el primero. Cristianos y paganos reconocían en él un salvador. Sus servicios resaltaban más, comparados con la conducta de Constancio. Este fué quien, para tener en jaque á Majencio, desencadenó la invasión. Ahora trataba de ahuyentar el peligro con otra traición. Había pruebas: las cartas que demostraban su complicidad con los bárbaros. Otras quejas más antiguas se acu-

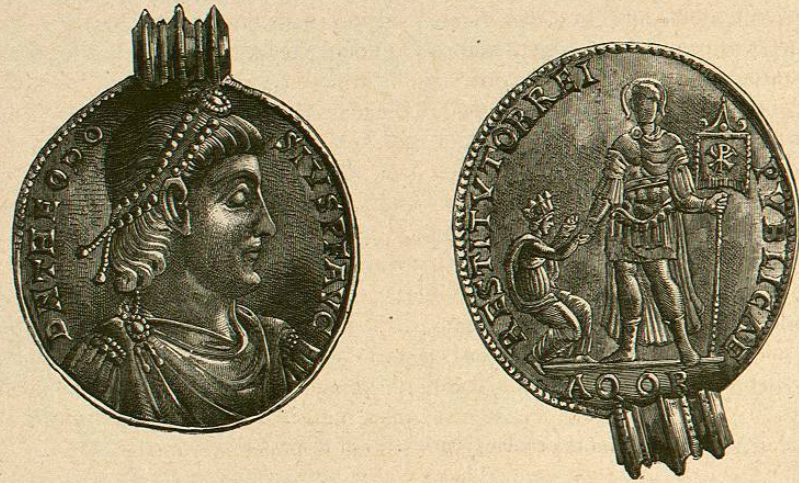


mulaban á éstas. Los partidarios de Majencio que no fueron desterrados acudían bajo las banderas del nuevo Augusto. La sangre de los otros clamaba venganza. Por todas aquellas razones el impulso fué unánime. Las ciudades entregaron subsidios. El ejército, que había rehusado marchar para combatir bajo las órdenes del emperador, se adelantó alegremente para sostener á su rival. Quedó desguarnecida la frontera; pero el solo nombre de Juliano bastaba para protegerla, y mientras vivió y reinó, es decir, durante tres años, tal suposición no fué equivocada.

Reapareció el peligro cuando se tuvo noticia de su

cedió la Iliria, Italia y Africa, no contaba sino cuatro años y quedó bajo la tutela de su madre la emperatriz Justina y de su primogénito. Graciano, que ejercía autoridad efectiva sobre su hermano, quedó, pues, en posesión de todo el Occidente. Fué dueño de Oriente cuando en 378 murió su tío en la batalla de Andrinópolis, que ganaron los godos. Pero juzgó hartopesada tan grande carga y cedió el Oriente á Teodosio en 379.

El reinado de Graciano se abrió bajo los más halagüeños auspicios. El emperador seducía por su encanto personal y por su inteligencia y bondad. Discípulo



Medalla de oro de Teodosio el Grande

muerte y de la victoria de los persas (junio del 363).

**363** Joviano, proclamado en el campo de batalla, firmó la paz más vergonzosa que Roma aceptara durante aquellos tiempos. Valentiniano, que le sucedió ocho meses después (febrero del 364), tomó para sí el Occidente y cedió el Oriente á su hermano Valente. Durante diez años no se alejó de las Galias, combatiendo unas veces á los bárbaros y otras vigilándolos desde Tréveris, Reims ó París. Era un hombre duro, violento, cruel alguna vez, implacable siempre que se trataba del público interés; pero un buen caudillo y un excelente hombre de Estado. Halló á los alamanos junto al Marne, les derrotó cerca de Chalóns, y luego, tomando la ofensiva, les rechazó hacia su país, la Selva Negra, donde les batió de nuevo. Las águilas romanas aparecieron una vez más en aquellos Campos Decumatos donde floreciera la civilización latina y que se abandonaron cien años antes. Pero ya habían pasado los tiempos en que podía pensarse en repasar la línea del Rin. Valentiniano lo comprendió. Contentóse con asegurar la defensa del río por medio de una serie de fortificaciones que defendieron la Galia hasta la gran invasión de 406. Tranquilo ya por aquel lado, pensó **375** en las provincias danubianas. Allí le sorprendió la muerte en 375.

El 24 de agosto de 367, al convalecer de una enfermedad, presentó en Amiéns á su hijo Graciano, á quien nombró Augusto, sin hacerle pasar por el grado de César, cuando tenía ocho años y que ahora le sucedía no habiendo cumplido los diez y siete. Graciano tenía un hermano, nacido de un segundo matrimonio de su padre, que se llamaba como éste. Valentiniano II, á quien

de Ausonio y de Ambrosio, unía á una gran afición por las bellas artes profanas, un ardiente celo por la fe. Estaba dotado de condiciones militares. Su campaña contra los alamanos en 378 fué seguida con gran energía y terminó con una brillante victoria alcanzada junto á Colmar, Argentaria. Por desgracia no le legó su padre sus mejores cualidades: su voluntad y su amor al trabajo. Cuando se le vió entregado por completo á sus placeres, olvidando los altos intereses del Estado para dedicarse á la caza y al circo, gastando el dinero de sus súbditos, se apagó todo entusiasmo y lo reemplazó una desafección cada vez mayor. No hubiese estallado, sin embargo, una revolución. Las revoluciones las hacía el ejército, y una parte de éste hallábase quejoso por la predilección decidida que mostraba Graciano por los jefes bárbaros.

La rebelión, favorecida por la distancia, partió de Bretaña (383). Máximo, que gobernaba en la isla, se hizo proclamar Augusto y pasó al continente con sus tropas. El choque ocurrió ante París. Apenas **383** hubo lucha. Graciano, empobrecido por sus dilapidaciones, hallábase desarmado ante la generosidad de su rival. Huyó abandonado de todos y viendo cómo todas las puertas de las ciudades se cerraban ante él. Un traidor le abrió la de Lyon para asesinarle. Tenía veinticuatro años (25 agosto 383).

Parecía que el clero le debía permanecer adicto. Máximo lo puso de su parte, haciendo gala de sus opiniones ortodoxas en contraposición de las tendencias arrianas de Valentiniano II y de la emperatriz Justina. Al mismo tiempo trataba de captarse las simpatías de los paganos de Roma. Aquel doble juego le favoreció

una temporada. Valentiniano II, acosado por paganos y ortodoxos, solicitó la paz. Teodosio tenía hartoque hacer en su reino para intervenir. Reconocieron ambos al usurpador y á su hijo el título de Augusto. En 387 Máximo creyó la ocasión propicia y atacó Italia. Valentiniano II y su madre se refugiaron al lado de Teodosio, que aquella vez emprendió la lucha. La guerra se concentró en los Alpes Julianos y Cárnicos, en el mismo punto donde chocaron las huestes de Majencio y de Constancio. Derrotado distintas veces, **388** Máximo fué entregado al vencedor por sus mismos soldados y decapitado (27 agosto del 388).

Los Estados de Valentiniano II doblaron su extensión. Pero como el joven no tenía más que diez y siete años, debía ser pupilo de su poderoso colega. Ambos emperadores se separaron en 391. Teodosio volvió á Constantinopla y Valentiniano fué á Tréveris, adonde le llamaba la amenaza de una nueva invasión. El comandante del ejército galo-romano era Arbogaste, buen general, muy adicto al Imperio, aun cuando franco de nacimiento, adorado de sus soldados y en realidad el dueño del país, posición que deseaba conservar. No por ser un devoto humildísimo había olvidado Valentiniano las tradiciones de su familia, y quiso reinar. Trató de sacudir el yugo. Como Tréveris no le ofrecía un asilo muy seguro, huyó á Vienne, más cercana á Italia. Su tirano le siguió. Una escena de terrible violencia se desarrolló en aquella ciudad y al día siguiente el joven Au-

gusto apareció colgado de un árbol. Arbogaste negó ser el autor de aquella muerte, que atribuyó á un suicidio (mayo del 392).

No quiso el título de Augusto, que quizá nunca envidiara, y lo cedió al retórico Eugenio, quien no tenía poder alguno en realidad. Ambos eran paganos. Su triunfo fué la señal de una suprema lucha para los paganos. Los de Roma respondieron al llamamiento de los de Galia. El piadoso Teodosio marchó como á una guerra santa. El combate se empeñó en la frontera de Italia, cerca de Aquilea, junto á un riachuelo llamado el Froide. Eugenio, aprisionado, padeció la suerte de Máximo. Arbogaste, más afortunado, pudo escapar y se suicidó (6 septiembre del 394).

Pocos meses sobrevivió Teodosio á su triunfo. Murió en Milán el 17 de enero de 395. Las divisiones introducidas en la sucesión de hechos históricos son siempre más ó menos artificiales; pero no sin razón se ha colocado en tal fecha el término de la Edad antigua. El cristianismo vencía definitivamente. La unidad del Imperio, restablecida por última vez por el postero de los grandes emperadores, desapareció después de su muerte. El derrumbamiento del Imperio empezó bajo sus sucesores. Desde su palacio de Rávena, Honorio pudo asistir á la toma de Roma y á la fundación del primer reino bárbaro de aquende el Rin. Estamos, pues, autorizados para cerrar aquí la historia de la Galia bajo la dominación romana. **395**



Valentiniano I